

isla de agua

México, D. F., a 17 de octubre de 2003

POETA HERNÁN BECERRA PINO

Presente

Mi muy estimado amigo:

Por razones de fuerza mayor, lamento no estar en la presentación de *Isla de agua**, tu nueva creación. Ocurre algo paradójico: cuando presentaste tu libro de entrevistas, estuve ahí mientras tú estabas ausente por graves motivos de salud; ahora pasa lo contrario, el presentador invitado es quien falta por razones de salud.

Tengo en las manos *Isla de agua*; acaricio la sedosa textura de su portada y miro la enigmática mujer creada por Pedro Bodegas, imagen que luego se multiplica en el interior. Busco la editorial y me sorprende gratamente que la Sociedad de Geografía y Estadística, de la cual eres miembro, sea quien haya auspiciado la edición. Editar poesía es siempre una batalla ardua y desgastante. Las editoriales conocidas prefieren la seguridad de las ventas de una novela que puede comunicarse masivamente, aunque sea superficial y de simple entretenimiento, a la edición de la poesía que desentraña el sentido de las cosas pero que no se demanda ni se vende.

Abro *Isla de agua* y recibo la primera sorpresa: la inmerecida dedicatoria en la página nueve; primero me da pena, enseguida mucho gusto y después orgullo porque mi nombre quedará vinculado a tu obra poética, como los lazos de amistad que nos unen. Leo tu pregunta a Sumaya —¿qué fecha es nunca?— en el poema inicial que parece aislado de la estructura del libro y empiezo a leer la primera parte de *Los poemas de amor*. Comienzo a descubrirte.

Te conozco personalmente desde hace muchos años, como amigo, como excelente entrevistador y periodista, como inspirado narrador, pero no había leído nunca un poema tuyo, aunque amigos comunes me hablaban de tu talento. Gozo cada uno de los poemas a *Brenda*. Encuentro no sé qué lejanos acentos del *Cantar de los cantares*; me seducen las imágenes y me envuelve el sutil erotismo y la sensualidad que se desprende de cada palabra, de cada línea. Y entonces, este lector se convierte en el poeta. Yo, como tú, “quisiera arder en su boca”; yo, como tú, “quisiera hacer la paz a lo largo y ancho de la cama”; yo, como tú, “quisiera abrir con mi lengua los pasillos del vértigo y arrastrarme con ella”. Es ahora cuando el poema no es del poeta sino del lector. Sigo leyendo y llego al *Poema del conjuro*, insertado como separata y, ahí, entro a otro

universo. Atrás queda el poema amoroso y empiezo a descubrir sus facetas. ¡Qué extraño texto! Una minicrónica poética, llena de símbolos y ambigüedades; un relato, una aventura, una peripecia y un final inesperado, como en los mejores cuentos. Este poema escapa al estilo y a la temática de todo el libro. Algún día esperaré un libro íntegro de poemas de conjuros.

Llego a los *Poemas breves*; otro rostro del poeta. Poemas tan sintéticos, tan compactos, de esa difícil sencillez, como los epigramas, como los aforismos, como los *hai kus...* pero no, son otra cosa, son observaciones de la vida cotidiana, chispazos de filosofía, instantes de luz, verdades eternas de la poesía y en todos ellos un suave, sutil y delicioso sentido del humor —lejos de esa solemnidad acartonada de los pseudopoetas— para leerse con una sonrisa y reconciliarse con el mundo. Tienes razón al decir que “cuando nada en el mundo nos alivia, levantamos una mano para tomar un viejo libro del mar de la poesía y aparece entonces una sonrisa”. Esto sucede en esta sección de tu nuevo libro, que nunca será viejo. Y llego a los *Poemas de viajes*. Te confieso que me asalta un temor: aquí el turista se impondrá al poeta y el escritor caerá en un lugar común. Me sorprende y quedo seducido. Me sumerjo en la aventura. Recorro el mundo con tus ojos de poeta, con tu sensibilidad de creador, con tu sabiduría de hombre. Cuando esté frente al Partenón, ante el Mar Egeo, en la ciudad prohibida de Pekín, en la enigmática Shanghai o en Estambul, no podré mirar con mis ojos esos testigos silenciosos de la evolución del hombre y miraré los mármoles, las aguas y las formas con tus ojos.

Me encuentro en la última parte de *Isla de agua*, en la sección *Retales*, palabra que leo y escucho por primera vez. Me resisto a ir al diccionario, esperando que los poemas me informen su significado. Esta sección revela otros rostros del poeta: en un poema aparece un poeta fabulador, como los de Oriente; en otro —el de *Ironía*—, un poeta político; ahora es un poeta filósofo en esas dos líneas de *La mitad del artista*. Esta sección me recuerda aquel título —en prosa— de Arreola, *De varia invención*, donde cabe todo sabiéndolo escribir y acomodar. Cierro el libro y miro la contraportada; ahí está el texto generoso y sabio de Dolores Castro. Tiene razón: en el corazón de todo habitante de Chiapas hay poesía. *Isla de agua*, bello libro, nuevo territorio de la literatura, isla conquistada por un poeta de muchos rostros, que vino del sur. ☐

Víctor Hugo Rascón Banda

Víctor Hugo Rascón Banda (Santa Rosa, 1948). Escritor mexicano, narrador, dramaturgo y doctor en derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus obras pueden mencionarse *Volver a Santa Rosa*, *De cuerpo entero*, *Los ilegales*, *Tabasco negro*, *La Blanca* y *Por los caminos del sur*. Es presidente de la Sociedad General de Escritores Mexicanos – SOGEM.

* Hernán Becerra Pino, *Isla de agua*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 2003, 78 pp.